

Literatura y exaltación de la vida

Francisco Prieto

La expresión literaria es, siempre, exaltación de la vida. Lo es cuando, en ciertos poemas, cuentos, comedias o dramas, se muestra, desde el corazón del artista, la sobreabundancia de dones de la existencia. Pero lo es, también, cuando la obra literaria es el madero al que se agarra el náufrago para salvar la vida. He aquí algo que habla del valor intrínseco, esencial de la existencia. Entre uno y otro extremo, la literatura existe, desde la perspectiva

de la belleza, como modo de expresión en el cual el poeta se desdobra en una búsqueda última de respuestas, de sentido. Graham Greene, en su último volumen de memorias titulado *Ways of escape*, escribe:

No sé cómo le hacen quienes no escriben, pintan o hacen música para escapar al miedo pánico inherente a la condición humana.

La literatura como búsqueda de sentido ha dado, también, obras maestras cuyo núcleo es la infinitud que se abre ante el ser humano, lo infinito de su pretensión y lo irremediable de su limitación. Se alcanza, entonces, la tragedia, purificadora siempre. Evocamos al Quijote, a Hamlet, a Fausto, a don Juan...

Y, sin embargo, existen obras necesariamente menores que, a su manera, constituyen, también, exaltación de la vida. Para muchos son obras, y suelen darse principalmente en la novela, que parecen establecer una relación estrecha con el mal, una connaturalidad del mal con la criatura humana y con el mundo. Son obras que no muestran la grandeza de una época sino su podredumbre, que de alguna manera postulan el vacío existencial. El artista ha buscado, a través de ellas, ser fiel a la experiencia vivida y, como el niño en el juego, ordenar lo que le da gusto, calor, seguridad y lo que le provoca temor, repugnancia, inseguridad para protegerse desde ese señorío de la realidad que proporciona la obra literaria que es, a su modo, ella también un juego. Son obras acaso sin grandeza, pero vehículos para el conocimiento de este mundo en que se han ido desvaneciendo los vínculos comunitarios porque a la aparente muerte de Dios ha seguido el fin de la utopía. Y a veces, sin embargo, esos maestros de la desesperanza alcanzan la poesía por la dimensión de la tragedia que es, siempre, purificadora. Lo común es que a la manera de Moravia sus obras sean reveladoras de la condición humana con el fondo triste de la desesperanza propia de aquellos para quienes no hay nada más allá de la muerte. ¿Cómo podría Moravia sentir y dejarnos sentir a nosotros, lectores, que entre el hombre que se ha suicidado y la muerte se encontraba la



Excesos eróticos en una casa de baños, Alemania, ca. 1470



Detalle de la novena visión de Hildegarda, siglo XIII



Demonio de un manuscrito bohemio, 1204-1230

gracia de Dios? He aquí el aliento vital que surge de novelistas tan terribles como Moravia en quienes habita la fe, y es inevitable pensar en Bernanos.

Hay, sin embargo, un temor de los hombres de fe, religiosa o revolucionaria, a la narrativa que, a diferencia del poema, no rescata esencializado lo que está en el fondo de cada cosa, más allá. El novelista, si lo es de veras, tiene que jugar sobre las contingencias, tiene que entretener desde la cotidianidad y ser consciente que con buenos sentimientos, como advirtiera Gide, no hay buena novela. En el fondo de los mayores novelistas hay una sensibilidad herida, un chico demasiado sensible y vulnerable que fue herido en el pasado. Ávido de saber los motivos secretos de hombres y mujeres, de hacerse fuerte a partir de su inocencia vulnerada, se va tornando un espía, alguien que, desde su rincón, acecha los actos y los deseos de otros. Sabe que ahí radica su

fuerza y, sin darse cuenta, va dando forma a una coraza de hielo. El ejercicio constante de la alteridad, de poner al otro en mí como existente en sí, le lleva más y más a un cierto relativismo moral contra el cual, si acaso posee la fe, se rebelará y en esa agonía no está seguro que ella, la fe, salga bien librada. Ha habido, por ello, novelistas que han arrastrado, a lo largo de su vida, su enamoramiento de una fe irremediamente perdida. Fue Henry de Montherlant, a quien se deben algunos de los más conmovedores dramas cristianos que se hayan escrito en el siglo XX, quien a través de uno de sus personajes expresó que un militar demasiado inteligente estaba destinado a ser un desertor tanto como un sacerdote igualmente inteligente más tarde o más temprano colgaría los hábitos —real o figuradamente— y un juez así acabaría absolviendo a todo el mundo. El racionalismo y una sensibilidad exquisita impidieron que Montherlant

alcanzara la poesía intensa de, por ejemplo, Dostoyevski, que asumió el amor, apostó al amor y encontró a Dios. Dostoyevski que, a diferencia de Montherlant, se dejó tocar por los débiles y por el misterio del mal de los inocentes. Él también, como Bernanos, vivía en la presencia de la gracia.

A veces, un escritor, un novelista, un poeta esencializa en la narración de la cotidianidad, en y desde la presencia del mal, los Trascendentales del Ser. Los cuentos de Juan Rulfo son sólo en apariencia desgarradores. Seres que, objetivamente, serían condenados de la Tierra, gritan con la fe y la esperanza de Job desde el corazón mismo de la caridad. ¿Puede haber mayor desesperación que la del padre que carga a su hijo delincuente, herido éste de muerte, él, que había herido de muerte el corazón de su madre, llevándolo a un médico a su pesar, en una oración a lo largo de la vía dolorosa que, nos damos cuenta al concluirse el



La iglesia protestante, grabado coloreado en madera, ca. 1545

relato, ha sido el transcurrir de una ple-garia? ¿No oyes ladrar a los perros? Es la pregunta que, como dardo de esperanza, espeta a su hijo, porque el ladrido de los perros anuncia el poblado, la llegada a puerto y, tal vez, la cura y la redención.

Hoy en día, sin embargo, el arte narrativo, trátase de la novela o del relato cinematográfico, no es, siquiera, la estructuración de motivos para defenderse de la vida en un intento desesperado por salvarla. Ahora los artistas se han vuelto livianos. No carga una culpa a la que habría que encontrar sentido para librarse de ella y procuran vivir ligeros de equipaje interior. La dimensión moral ha abandonado la lite-

ratura como ha abandonado las preocupaciones existenciales del hombre medio de nuestras ciudades. La violencia ha dejado de ser catártica y se han multiplicado los asesinos sin deliberación. Raslkólnikov sería, hoy, un incomprendido. Cualquier hombre o mujer al uso considera *Crimen y castigo* un melodrama. La angustia del príncipe Hamlet sería considerada, asimismo, melodramática. Los asesinos de la política no son conscientes, como los Macbeth, de lo demoníaco que entraña su acto.

Sucede que no hay obra grande si no se construye a partir del sufrimiento. Hoy, mujeres y hombres no conocen la luz que ampara el sacrificio. El sacrificio mismo es

para ellos un sin sentido. El dolor hace presente la existencia como absurda. Se va instaurando la cultura de la muerte y lo que antaño fue virtud, así el sentimiento del honor, es cosa que ya no se comprende. El resentimiento se va amparando del corazón de los seres humanos. El resentimiento tiene su raíz en la envidia y en el sentimiento originario de una orfandad sin remedio. En un mundo dividido entre “perdedores” y “triunfadores”, no hay lugar para la caridad y, por lo mismo, la solidaridad carece ya de sentido. Es bueno evocar el grito de Georges Bernanos, “¿La caridad o el infierno!”, y hacerlo antes de que sea demasiado tarde. **U**